

Claudia Velasco

Ese VUELO

de

Londres

a

Madrid



Una sorpresa frustrada, un vuelo inesperado, una huida y un encuentro fortuito que cambiará las vidas de dos desconocidos.

Daniela Mendoza y Edward Dankworth coincidirán por casualidad en un vuelo de Londres a Madrid y dos años después, en Roma, se reencontrarán accidentalmente y ese encuentro desatará una serie de acontecimientos que los introducirán de lleno en una trama de espías, de contrabando, de secretos y mentiras. Una aventura trepidante por Roma, Madrid y Londres que los unirá para siempre.

«Ese vuelo de Londres a Madrid» es una historia de misterio y espionaje internacional, pero también es una historia de amor vertiginosa y apasionada en la que el destino, los aeropuertos, las casualidades o el azar jugarán un papel fundamental en la vida de sus protagonistas.

Índice de contenido

Cubierta

Ese vuelo de Londres a Madrid

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Epílogo

Sobre la autora

Notas

*No puedes volver atrás y cambiar el principio,
pero puedes comenzar donde estás y cambiar el
final.*

C. S. Lewis

Londres, Inglaterra. 10 de noviembre de 2018.

Entró en la habitación a la carrera, se metió en el cuarto de baño, se duchó, se vistió a toda prisa y se puso los pendientes delante del espejo sin dejar de mirar sus dos maletas sin deshacer y la ropa de Sebastián, que aún seguía en el cesto de la ropa sucia, pero ya no daba tiempo a meterla en la lavadora; cerró los ojos y respiró hondo intentando convencerse de que podría vivir con eso unas horas más.

Giró sobre los tacones, cerró la puerta del vestidor y salió a la habitación que ya parecía otra después de haberle dado un buen repaso. Era increíble, pero cada vez que pisaba Londres se pasaba un par de horas limpiando y ordenando la casa de su novio que vivía en medio del caos con una tranquilidad pasmosa, sin notar ni ver la cama sin hacer, los platos sucios en la cocina, la ropa por el suelo del dormitorio o del baño, las cajas de *pizza* o de comida a domicilio abandonadas en el salón. Sebastián nunca veía nada, ni le molestaba nada, si quería quedarse con él, le tocaba arrimar el hombro, limpiar y poner algo de orden, o cerrar los ojos y vivir en medio del caos, y esa última opción era inviable.

Bajó las escaleras del dúplex, ubicado en pleno barrio de Belgravia, pensando en que quedaban como mucho diez minutos para que Sebastián llegara, y entró en la coci-

na donde su futura suegra discutía acaloradamente con el servicio de *catering* que ella misma había contratado. Se le puso delante y le sonrió.

—Tu hijo está al caer, deberíamos ir preparándonos. ¿Qué problema tienes, Diana?

—Pedimos vino vegano y no lo han traído.

—¿No son todos los vinos veganos? —preguntó con auténtica curiosidad, y ella abrió los ojos, escandalizada.

—No, cariño, la clarificación del vino normal se lleva a cabo con albumina de huevo, caseína que es una proteína derivada de la leche, o gelatina que se obtiene de cartílagos de animales, y los veganos se hacen con clarificantes derivados del trigo, la patata o los guisantes. Me extraña que no lo sepáis. —Miró con elocuencia a la encargada del *catering* y Daniela suspiró.

—¿Tú tienes algún problema con el vino no vegano?

—No, pero vuestros amigos... —Le indicó el salón lleno de gente y Daniela la agarró del brazo.

—No te preocupes, por muy veganos que sean no rechazarán ningún vino. Ven conmigo, que se hace tarde.

Se la llevó al salón donde todos sus amigos, algunos primos, los hermanos, el padre y los abuelos de Sebastián esperaban nerviosos a que llegara el cumpleaños, y les sonrió a todos recordando las últimas instrucciones de rigor: silencio, luces apagadas y gritar sorpresa cuando el homenajeado entrara por la puerta principal.

Todo estaba organizado al milímetro, porque Sebastián cumplía los treinta y sus padres querían hacer algo especial para él, ella se había prestado como cómplice y había ayudado en todo lo necesario para organizar una fiesta sorpresa perfecta y espectacular en su piso. Él no sabía nada, claro, ni siquiera lo sospechaba, incluso le había dicho que no podría viajar a verlo ese fin de semana a Londres, sería una sorpresa total; era muy emocionante.

Miró el localizador que los dos se habían instalado en plan broma en el móvil y comprobó que ya estaba en la

puerta principal del edificio. Llamó la atención de la gente y todos corrieron a su sitio para esconderse, se apagaron las luces y esperaron agazapados hasta que sintieron el ruido de la llave en el picaporte y la puerta abriéndose. Pero Sebastián no venía solo.

—¡Sorpresa!

Gritaron todos menos ella, que intuyó el desastre. Y se encendieron las luces y entonces todo el mundo pudo ver a Sebastián Relish-Bowles abriéndose los pantalones con una mano mientras con la otra sujetaba contra la pared a una rubia muy guapa que saltó asustada y se bajó la falda de un tirón al notar el alboroto.

El silencio fue instantáneo y demoledor. No se escuchó ni una mosca volando, y Sebastián parpadeó incrédulo antes de buscarla a ella con los ojos y forzar una sonrisa culpable que solo contribuyó a empeorar la situación más humillante y más bochornosa a la que se podía enfrentar una novia.

1

Roma, Italia. 10 de octubre de 2020

«Amamos tal como nos amaron», decía el psiquiatra y psicoanalista John Bowlby hablando sobre la teoría del apego en un interesante artículo de *El País*, que venía a explicar que si habías tenido una figura fuerte y segura que te cuidara de bebé, sabías compartir tu intimidad; sin embargo, si habías tenido la mala fortuna de tener justo lo contrario, es decir, frialdad y desidia, no sabías y se te daban fatal las relaciones y la intimidad, y concluyó que tenía toda la razón.

«Qué gran verdad», pensó y deslizó el dedo por la pantalla del teléfono para mirar el resto de la prensa antes de que se le pasara la hora del almuerzo.

Era la una de la tarde y ya tenía que comer para que a las dos menos diez en punto Antonella pudiera acabar su turno, plegar e irse a casa sin montar un escándalo de los suyos, así que abrió su táper y miró su tortilla de patatas pensando en que sería lo único que comería hasta las diez de la noche, por lo tanto, más le valía disfrutarla.

Sacó de la mochila un mantelito de papel, un vaso, una botella de agua, los cubiertos, pan y un yogur, y se dispuso a comer lo más relajadamente posible en ese despachito sin ventanas donde las chicas de la recepción y de las relaciones públicas del hotel tenían sus taquillas. Un sitio pen-

sado para las reuniones exprés con su jefa, para guardar sus cosas o para sentarse cinco minutos en medio de un turno, no para comer, pero que era donde más a gusto se sentía, sobre todo si podía estar sola.

—¡Daniela!

—La madre que me parió —masculló con el tenedor a medio camino y miró a su jefa con los ojos muy abiertos—. Me has asustado.

—Lo siento, pero tu cliente, lord Mulgrave, acaba de llegar, la *suite* presidencial está ocupada y Antonella no se entiende con él. Sal ahí fuera y cálmalo un poco hasta que busquemos una solución.

—Estoy comiendo.

—¿Crees que no lo veo? ¡Venga!, vamos —gritó ella en su italiano de Roma más cerrado, y Daniela miró su tortilla con pesar, cerró el táper y salió al pasillo estirándose la falda y arreglándose el pelo.

—¿Dónde piensas meterlo?

—El de la presidencial es el cantante estadounidense ese tan famoso, le he dicho a su *manager* que lo cambiaremos a la *suite* Michelangelo por seguridad, por las *fans*, y se lo ha creído, pero necesito tiempo para afinarlo todo. Consígueme quince minutos y está resuelto.

—OK, de acuerdo.

Recorrió los pasillos a la carrera y salió al vestíbulo principal del Excelsior Pompeyo Roma, uno de los hoteles más lujosos de toda Italia, con la mejor de sus sonrisas para saludar a lord Hugh Mulgrave, un noble británico, habitual del hotel, que estaba apoyado en el mostrador de la recepción acosando a una impertérrita Antonella.

—Lord Mulgrave, qué alegría verlo en Roma —exclamó guiñándole un ojo a su compañera, y ella resopló—. No sabía que vendría a vernos hoy.

—Gracias a Dios, Daniela, ¿dónde estabas?

—Mi turno no empieza hasta las dos, pero ya estoy aquí y...

—Esta mujer dice que mi *suite* no está disponible.

—No lo está, pero lo estamos solucionando, si tiene un poquito de paciencia, yo...

—¿Paciencia?! —gritó dando con el bastón en el suelo y Daniela dio un paso atrás—. Tus padres ni siquiera habían nacido cuando yo ya me alojaba aquí, ¿sabes? ¡Solúcionalo ahora mismo o me voy al Rome Cavalieri! ¡Jodidos italianos incompetentes!

—Tío, Hugh, por el amor de Dios. —John Mulgrave, sobrino y secretario del venerable marqués de Mulgrave, se personó a su lado con las manos en alto y miró a Daniela a los ojos—. Lo siento, Daniela, pero es que no puede estar esperando aquí eternamente.

—Solo lleva diez minutos esperando —intervino Antonella—. Pueden pasar al bar y el hotel los invita a un aperitivo, Daniela puede acompañarlos.

—Por supuesto, vamos al bar mientras preparan la *suite*...

—¿Bar?, ¿qué bar?, ¿creéis que podéis apaciguarme con alcohol, panda de imbéciles?

—Madre mía, tío Hugh, escucha, tranquilízate...

El pobre John se dirigió a su tío intentando que bajara el tono y Daniela se apartó de ellos viendo aparecer por la puerta principal a un tipo elegantísimo que avanzaba por el vestíbulo como por una pasarela de Armani. Lo siguió con los ojos, observando cómo se dirigía al mostrador con el pasaporte en la mano, preparado para registrarse como una persona normal, no como el marqués de Mulgrave que era un cliente difícil y bastante maleducado, y pensó que le sonaba de algo, pero fue incapaz de situarlo.

—Buenos días —saludó coqueta Antonella, y él dejó la maleta de ruedas a su espalda y le entregó la documentación con una sonrisa.

—Buenos días.

Su compañera se puso manos a la obra para hacer el *check-in* y Daniela aprovechó para mirarlo con atención

porque era muy guapo, pero, además, tenía una nariz redonda, elegante y muy varonil. Una que le daba el aspecto de un galán de Jane Austen.

Un galán de Jane Austen, repitió en su cabeza cayendo en quién era y contuvo el impulso de ponerse a gritar. Se alegró muchísimo de verlo allí e hizo amago de ir a saludarlo, pero alguien la agarró por el brazo con firmeza y se la llevó hacia un pasillo.

—Están repasando la *suite* presidencial, puedes subir a tu huésped en cinco minutos.

—Muchas gracias, Bianca. Sois las mejores.

Acarició el brazo de la jefa de camareras, que había aparecido de la nada, y se dirigió al marqués de Mulgrave con mucho tiento.

—Milord, ya está todo listo, en cinco minutos estará en su *suite* y el hotel lo invita a comer en nuestro *bistró* o...

—Es igual, no voy a dejar de quejarme porque me inviten a una jodida comida. Voy a hablar personalmente con los Ambrosio, no es normal este trato a un cliente que lleva más de cincuenta años viniendo a esta mierda de hotel.

—Tiene toda la razón. Está en todo su derecho de quejarse.

—Qué vas a decir tú. —Se le agarró al brazo y caminó con ella hacia los ascensores—. Eres lo único bueno de este sitio, la única que habla un inglés decente.

—Muchas gracias. Por cierto, muchísimas gracias por su último regalo, pero no hacía falta.

—John se ocupa de esas cosas, aunque los dos estamos de acuerdo en que te mereces un detalle por tu buen hacer y —bajó el tono acercándose a su oído—, disculpa por meterme antes con los italianos, pero es que no puedo con ellos, aunque tengan estas ciudades, estos monumentos y estos museos, no los aguanto.

—Yo soy española, no me ofende. —Soltó una risa y él sonrió.

—Tampoco me gustan los españoles, así que no arreglamos nada.

—A ti es que no te gusta nadie, tío.

Bufó su sobrino pulsando el botón de la última planta y Daniela movió la cabeza dándose cuenta de que el chico guapo de la nariz rotunda se dirigía hacia los ascensores justo a tiempo. Sin pensárselo dos veces, bloqueó la puerta, él entró y agradeció el gesto sin mirarla a los ojos, hasta que ella se le puso delante y le habló directamente.

—¿No te acuerdas de mí? —Levantó esos ojos azules tan profundos, y que ella recordaba tan dulces, y frunció el ceño—. Vuelo Londres-Madrid, noviembre de hace dos años, Business Class de British Airways. Yo lloraba muchísimo y...

—¿Eres tú? —Le sonrió primero con mucha alegría y luego dio un paso atrás controlando un poco el entusiasmo—. ¿Qué haces en Roma?

—Trabajo aquí, en el hotel.

—Vaya, qué casualidad.

—¿Te quedas muchos días?

—Bueno...

—Me encantaría poder invitarte a comer o a tomar algo en compensación por esa noche tan rara. Seguro que ha sido el peor vuelo que has tenido en tu vida, aún me da mucha vergüenza recordarlo.

—No fue para tanto.

—Intenté localizarte después de eso, pero, ya sabes, fue una temporada un poco oscura, perdí mi teléfono móvil... En fin, me alegro tanto de volver a verte.

—Lo mismo digo. —El ascensor se detuvo y él miró la llave electrónica que llevaba en la mano antes de volver a clavarle los ojos—. Esta es mi planta. Ya nos veremos por aquí.

—Claro, estoy en la recepción de dos de la tarde a diez de la noche.

—Estupendo, adiós —se despidió dejándola un poco fría y lo siguió con los ojos hasta que las puertas se cerraron y el marqués de Mulgrave se dirigió a ella en su tono habitual.

—Una chica como tú no debería andar invitando a los hombres, jovencita.

—Tío, no te metas —intervino su sobrino.

—¿Por qué no, lord Mulgrave?

—Porque eres una dama y deberían ser ellos lo que te cortejen a ti.

—No quiero cortejar a nadie, ni que me cortejen. —Le sonrió al llegar a la última planta y lo acompañó a la *suite* presidencial—. Solo quiero agradecer un gesto precioso, en uno de los peores momentos de mi vida, que ese joven tuvo conmigo hace dos años.

—Yo que tú no perdería el tiempo, está claro que le interesas bien poco.

—¡Tío! —exclamó el pobre John muy avergonzado.

—No pasa nada, milord, no pienso insistir demasiado.